

Opinión Solidaria

La otra muerte de Héctor Cámpora

A fines de noviembre, Mundo Latinoamericano decidió solicitar una entrevista del ex presidente argentino Héctor Cámpora. Bien acogida en principio nuestra solicitud, luego se nos dijo que era imposible, pues Héctor Cámpora se encontraba, según todas las apariencias, viviendo sus últimos días, y la muerte no iba a tardar. Efectivamente, a mediodía del viernes 19 de diciembre, se cerró el capítulo final de la vida de una persona que había sido llamada a jugar de forma inesperada, un papel importante en la historia de Argentina.

Llevado a la presidencia bajo el slogan "Cámpora a la presidencia, Perón al poder", aceptó disciplinadamente el papel de escalón provisional en la restauración del sistema peronista, y el azar lo colocó en una cierta oposición de izquierda dentro del movimiento peronista, discretamente enfrentado a un Perón excesivamente celoso de su imagen de líder sin sombra. La muerte de Perón y la vacilante dirección de su viuda y sucesora María Estela, devolvió a Cámpora la antorcha de una representación del peronismo, que tuvo como consecuencias para él su largo encierro en la embajada de México y más tarde el exilio para él su largo encierro en la embajada de México y más tarde el exilio para él su largo encierro en la embajada de México y más tarde el exilio a nuestro país, donde asumió una postura de relativo alejamiento de la vida pública, debido quizá tanto a una decisión política, como el conocimiento de la enfermedad que acercaba irremediablemente su fin.

Héctor Cámpora era en vida el símbolo de una corriente política que muchos han tratado de explicar, y que seguramente muchos más volverán a intentar explicar en el futuro: pero compuesta de elementos tan difíciles de entender para los observadores de afuera. Es posible que el peronismo no encuentra jamás una explicación satisfactoria, en cuanto a su increíble arraigo en personas y clases de connotaciones ideológicas tan distintas e incluso opuestas.

A su muerte, Héctor Cámpora se convierte en un símbolo más de otra cosa: del deambular triste de los dirigentes latinoamericanos, a los que los usurpadores de la voluntad popular han condenado, primero a vivir apartado de las tareas políticas a las que su vocación los llamaba, y después a morir lejos de su propio pueblo. Su destino no es tan único que pueda parecer excepción, y el hecho mismo de su generalización debería servir como acicate para que se introdujera un elemento de racionalidad o de simple humanidad en la actividad política de este continente, tan castigado por los pronunciamientos, las seudorevoluciones, los cacicazgos, los nepotismos y los abusos del poder que denigran a los aparentes beneficios. Es preciso llegar a formas de actuaciones política que acepten las derrotas como un riesgo natural de la vida pública, y propiciar con ello un trato más decente por parte de los que hayan ganado. Estos podrían ser, en otra

(CONTINUA EN LA PAGINA OCHO)

Opinión solidaria

(CONTINUA DE LA PAGINA CUATRO)

vuelta de la rueda de la fortuna, los beneficiarios, al recibir un trato igualmente digno, a manos de los vencedores de turno. El uso de la violencia, institucional o no, cuando están abiertos los cauces de una participación democrática, debe ser rechazado, orque no lleva más que al triunfo de la irracionalidad de esa violencia. Con todo, quien piense que esas prácticas puedan ser desterradas a corto o mediano plazo del continente latinoamericano ignoran las razones profundas de las confrontaciones que aquí se producen, que no pueden ser resueltas solamente con buena voluntad. Hay intereses dentro y fuera que se oponen a un normal desarrollo del proceso político; pero ello no debe ser óbice para que, al dedicar unas líneas a un presidente que un día fue elegido por su pueblo, aunque fuera como presidente subrogado, no renunciemos a continuar la lucha por que un día, en América Latina, no se mida la grandeza de nuestras instituciones por su capacidad o incapacidad para detentar el poder, sino por la posibilidad que ofrece a todos, tengan o no la razón, de manifestar sin temor sus opiniones, y luchar civilizadamente por hacerlas acetar.